

Desalojo

Bolívar Echeverría*

Ni mi casa es ya mi casa

Convencidos de que los territorios en que habitamos, con todas las riquezas que hay en ellos, pertenecen todavía al Estado nacional que nos aglutina, hablamos de reivindicación o de entrega, de valentía o de cobardía de nuestros gobernantes.

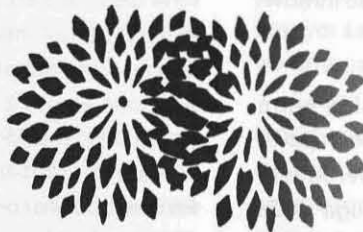
Pero ¿qué diríamos si, miradas bien las cosas, resultara que, hace buen tiempo ya, esos territorios dejaron de ser nuestros; que son propiedad de Estados Unidos, Estado al que sólo le falta hacer efectiva esa propiedad: tomar posesión de ellos?

Como esos predios urbanos en los que desde hace tiempo se anuncia la construcción de un edificio, pero en los que no hay otra cosa que una ruina que año tras año se deteriora cada vez más, el patrimonio territorial de los Estados nacionales latinoamericanos es una posesión de la que éstos no pueden disponer soberanamente, a la que no pueden encauzar por una política económica diferente de la que permite el detentador de la hipoteca. Pero el propietario real del mismo tampoco hace nada con él; saca provecho de su inactividad. Cobra, eso sí, mientras tanto, a los Estados que lo habitan, una renta, que éstos pagan a regañadientes, nunca puntuales, y siempre sólo en parte, dejando que crezca más la deuda.

Muchos se percatan de que esto no es sólo una suposición, pero no se atreven a decirlo porque la perspectiva de solución desde la que lo hacen es por lo pronto inconfesable: su "utopía" es la de unos USA que se decidieran por fin a tomar posesión de lo que les perte-

nece —“nuestros” territorios—, y que entonces, integrándolos como parte formal de su patrimonio, se vieran obligados a “hacer algo” con ellos y con sus habitantes, algo que debería ubicarse al menos a la altura de lo que suele suceder en un “Estado libre asociado”. Lo que no tienen en cuenta, aparte de la generalización de la esclavitud que traería consigo, es que esa toma de posesión sería una tarea mil veces más grande de lo que fue la de conquistar el Oeste, y que la empresa necesaria para cumplirla está ahora más allá de las fuerzas aún voluminosas pero de estructura ya caduca de la Unión Americana.

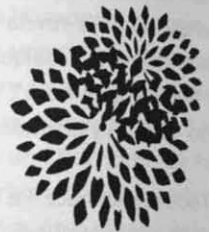
“Ya veremos”, le habrá dicho Monroe a Bolívar, y a quienes nos ha tocado ver es a nosotros.



Hitler y Trujillo

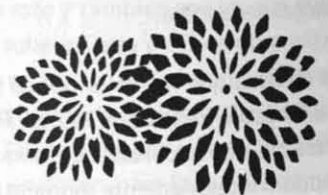
La diferencia entre los significados de *führer* (guía providencial) y de *caudillo* (hombre fuerte) indica la diferencia entre la cultura política puritana y la católica. El que recibe la gracia y el que se la merece. El que guía al movimiento y el que crea el movimiento; el que se pone a la cabeza del mismo y es empujado por él, y el que lo lleva como cola (cauda), el que “tiene arrastre”. Hitler y Trujillo. Pero cada uno dice que es lo contrario de lo que es. El *führer* dice que de él emana y depende el orden, el sentido del movimiento (“¿Qué suerte tuvo el pueblo alemán al haberme encontrado!”), cuando en verdad sólo pastorea su caos. El *caudillo* dice que él sólo obedece, sacrificándose, al llamado del pueblo (“Acepto sobre mis hombros nuevamente el pesado encargo de gobernarlos”), cuando en verdad le impone su capricho como norma necesaria. El primero se dice dictador y totalitario,

cuando en verdad es plebiscitario e inestable; el segundo se dice “democrático popular” y “comprensivo”, cuando en verdad es dictador y totalitario.



Quid pro quo

Una metáfora sobre las causas de la permanencia del PRI, pese y a través de su larga claudicación como proyecto de política económica y de su desmoronamiento espectacular en el escenario electoral, más que presentarla como fruto de la adicción de un organismo social a una droga llamada “prixina” y más que ver en ella un rasgo constitutivo de la “mexicanidad”, debería hablar de un pri-virus cibernético o mensaje mínimo perturbador del comportamiento político mexicano. El virus sería un híbrido, una combinación inestable de dos culturas políticas modernas incompatibles entre sí, que se habrían mostrado incapaces de vencer la una sobre la otra o de mestizarse y transitar a una cultura política alternativa. Sería un intento perverso de confundir dos tipos contrapuestos de legitimación de la autoridad del gobierno, el que la afirma como efecto de la representación de la sociedad civil y el que la reivindica como resultado de la identificación con el pueblo.



Metamorfosis

La versión ética de la crisis de las soberanías nacionales no sólo en América latina sino en general, es decir, el modo como afecta a la función central del *ethos* moderno el hecho de la obso-

* Filósofo. Premio Universidad Nacional

Hojas preteridas

Andrés Henestrosa*

lescencia e inoperancia de las distintas empresas estatales y sus respectivos proyectos de nación, es la ausencia de una confianza en las energías de la sociedad, en su capacidad de recomponerse y restaurar una sujetidad. Confundiéndola con la nación que le dio por tanto tiempo configuración y existencia histórica "real", los individuos de hoy perciben a su sociedad como agotada, carente de voluntad y de perspectivas, y se perciben a sí mismos como elementos de una socialidad puramente privada y fugaz, conectados entre sí en el plano de lo público y permanente de manera sólo casual por el mecanismo ciego —posiblemente autodestructivo— de la "aldea global" tecnológica financiera.



¡A esconderse, que ahí viene la basura!

Rápido, no sea que nos recoja y nos lleve adonde nos corresponde: al basurero, al barranco de los desperdicios. La autoconciencia alegre, autosatírica, como conciencia de la inferioridad de clase, de etnia, de "nivel cultural", de adscripción moral, de nivel ontológico. Somos lo último, lo no reciclable, lo plenamente prescindible. Pero una autoconciencia que no se abruma sino se rescata. Y que se rescata en el otro escenario, el festivo-estético, dejando de lado, tal vez no con desdén pero sí con humor, el escenario de lo real, donde reinan los triunfadores. Autoconciencia que llega bailando el cha-cha-chá. ◀

Nunca se puede decir, en puridad, que se tienen las obras completas de un autor, sobre todo en su primera edición. Siempre quedará una hoja preterida, olvidada, pasada por alto; eso por meticoloso y esmerado que sea el compilador, el recolector. Pongamos un ejemplo, uno solo, el de Justo Sierra, cuyas obras fueron recopiladas por los más señalados investigadores mexicanos, no sólo sus lectores, admiradores, y celosos de editarlo, atentos a su buen nombre y memoria. No faltó quien descubriera algunos de sus textos olvidados, desconocidos, perdidos en periódicos y revistas de efímera vida, cuando no calzados con seudónimo, algunos no identificados como suyos; es el caso de Justo Sierra.

Yo, que soy un simple curioso de nuestras letras, descubrí hasta tres piezas no identificadas de Sierra por encontrarse firmadas con seudónimos curiosos, de difícil identificación, y uno de ellos hasta femenino. Otro tanto hicieron otros, éstos sí estudiosos de nuestras letras. José Luis Martínez, uno de los encargados de reunir las *Obras completas* de Sierra, dio con más hojas desconocidas, que sumadas a las ya referidas, dieron para un nuevo volumen.

Otro caso hay, parecido al que acabamos de referirnos: aquél de las hojas sueltas que el autor, deliberadamente, pospuso, por no decir que postergó, que algo tiene de peyorativo. ¿Por qué? Acaso, creo yo, porque siendo versión de un mismo asunto prefirió la que encontró mejor realizada y cumplida. Es el caso de

* Poeta y escritor. En diciembre pasado recibió la Medalla de Oro de Bellas Artes que otorga el Conaculta



Félix Oliva, Perú

un texto de Luis Cardoza y Aragón, referido a mi matrimonio. En su libro de memorias, *El río*, Cardoza, de las dos versiones, olvidó la primera, la publicada en julio de 1940, un mes después de mis bodas y que fue recogida en *Alfa y Andrés Henestrosa cuarenta años ha...* No son idénticas, pero casi, las dos versiones, y Luis Cardoza y Aragón perfirió una, la que se encuentra en *El río*.

Con estas hojas sueltas, olvidadas, preteridas, me he propuesto una suerte de rescate, que bien lo merecen, y corresponden a la buena fama de sus autores. Con estas piezas me propongo realizar una suerte de rescate de textos negados por su autor. Allí tendrán un lugar algunas de las hojas olvidadas, ya aludidas. Serán, a mi entender, que si no es saber es leal, a más de curioso, entretenido y parte de nuestra literatura.

Por hoy, hasta aquí, ésta a guisa de prólogo de las *Hojas preteridas*, que pretendo reunir y publicar. ◀